

Buñuel, el paradójico

BUNUEL es uno de los pocos directores para quien el cine es siempre un problema social o moral y casi nunca una mera diversión, un pasto para lo sensacionalista o lo espectacular. Cada una de sus películas, aun las menos logradas, es una problemática. Su nota dominante es lo humano, en su más trágica dimensión que a veces se vuelve —como decía Nietzsche— «demasiado humano», poniendo al hombre delante de su propia e irremediable precariedad. «Los Olvidados» y «El Bruto» son películas que por esta condición han marcado un nuevo estilo de la cinematografía, destacando así la neta personalidad de su autor.

Y puesto que la existencia humana es ante todo paradoja, no es de extrañar que en las películas de Buñuel los temas oscilen entre la ingenuidad y la perversión, entre el sueño y la realidad, entre el amor y el odio. Estos contrastes y todo lo que «sale» de esta «tabla axiológica», por muy criticados que sean, dan a las películas de Buñuel una sensación extraña que sumerge al espectador ante «algo» que muchas veces resulta poco agradable, pero siempre interesante y emotivo. Toda la trayectoria del cineasta mejicano, desde «El perro andaluz» (1928) hasta «La vida criminal de Archibald de la Cruz», su última película rodada en Méjico y en el tiempo «récord» —típico de Buñuel— de veinticinco días, acusa esta oposición de contraste.

Un criminal fantástico.—Archibald de la Cruz es un señor mejicano; marcado en la infancia por un incidente psicoanalítico, tiene la irresistible tendencia a matar a la mujer que ama. El amor y la muerte son indisolubles en este querer suyo. Por ello, en sus encuentros con la mujer amada piensa siempre en el crimen, pero nunca logra cometerlo: por una inexplicable casualidad alguien aparece impensadamente y realiza el crimen proyectado por él. Esta frustración podría resultar cómica, pero Buñuel logra la verdadera proeza de mantenerse siempre sobre la línea de flote del misterio. En efecto, hasta el final de la película el espectador puede creer que Archibald cometerá el crimen. Pero esta posibilidad no llega a realizarse.

«Simul justus et peccator».—Aquí no se trata de una película «negra» de serial, sino de una problemática

cristiana, puesto que Archibald de la Cruz es un católico practicante. Para un cristiano el pecado conserva su gravedad aun si no ha podido ser realizado por motivos independientes de su voluntad: Archibald se sabe culpable de las muertes que no cometió materialmente.

Buñuel, lejos de tomar la cosa en oroma, plantea el problema en sus términos exactos: nadie blasfema si no tiene fe. De todos modos, Buñuel, arreligioso —o por lo menos creyéndose tal—, tampoco es amoral. El ha confesado que ha aprendido en el surrealismo que «en la vida hay un sentido moral que el hombre nunca puede abandonar».

«A través de éste he descubierto —ha dicho Buñuel comentando su última película— que el hombre no es libre. Creía en una libertad total del hombre, pero he visto en el surrealismo una disciplina a seguir.»

Al decir esto, Buñuel hace pensar en la declaración del «Segundo Manifiesto», de André Breton, padre de esta corriente artístico-literaria que sigue todavía imperando en el mundo cultural de hoy, manifiesto en que Breton proclamaba «la dura disciplina del espíritu a la que no tenemos más remedio que someternos».

Archibald de la Cruz —alias Buñuel— se siente, pues, al mismo tiempo culpable e inocente, entrando de golpe en el famoso dilema de San Pablo. De aquí el poder de seducción de esta película extraña, tan inteligentemente combinada, que no nos damos cuenta si estamos en la realidad o estamos soñando. Por ello dudamos si Archibald trata a sus mujeres vivas o de cera, como dudamos de que el monstruo que radica en cada hombre pueda ser «controlado» realmente tal como lo quisiera Buñuel.

Brandy
"Espléndido"

Siendo
GARVEY
es exquisito